

Àngel Font

# LOS CHICOS DEL SCALA DEI

Intento genocida en alta mar



**PUBLI CORINTI**

## 1

La expresión de sorpresa reflejada en el rostro de Nic y transmitida a través de sus grandes ojos, dos ciruelas enormes y brillantes, de mirada limpia y transparente, era más que elocuente. Hacía sólo unos minutos que estaba en aquella isla flotante. Era uno de los pocos afortunados que, con sólo quince años, haría un crucero de lujo, un placer que solía ser una exclusiva para adultos.

El joven Nic no habría podido imaginar, ni en sueños, que existiera un mundo como aquel. Su mirada no cejaba en querer grabar aquel primer encuentro. Forzaba toda su capacidad de síntesis para que aquellas imágenes cupieran en la parte que su cerebro tenía prevista para los recuerdos de vida.

Sus ojos giraban de un extremo a otro y su cabeza apenas se movía; quería darle tiempo al registro mental y no quería perderse un solo detalle. Aquello no tenía nada que ver con las imágenes que había visto en la web que el *Scala Dei* exhibía, tentador, para captar el interés y la admiración de los adictos al fascinante mundo de la navegación de lujo a todo tren. ¿O habría que decir a toda vela?

La evolución proporciona avances a un ritmo que no alcanza la sabiduría popular. Habrá que adaptar frases hechas o crear otras que identifiquen situaciones de nuevo cuño, el lenguaje deberá acomodarse a los tiempos y desarrollarse con ellos, o quizá la evolución nos devolverá a la simpleza de los signos.

Nic parecía escapado de un programa de televisión de dibujos animados o de caricaturas. Su cara lucía la personalidad de un joven reflexivo y sus ojos delataban al niño interior que siempre llevaría dentro. Sólo hacía dos o tres años que esos ojos habían despedido

## Àngel Font

su infancia. Miró al techo. Estaba ante el *hall* más grande que había visto en su vida.

—¡Qué pasada, jopé, estoy dentro de un barco, no me lo puedo creer! ¿Tú ves todo lo que yo estoy viendo?

La respuesta que recibió no tenía el timbre de voz, ni el acento, ni la calidez que esperaba.

—¡Eh, chico! ¡Apártate!

Un joven, tres o cuatro años mayor que él, cruzó brevemente su mirada con los ojos de búho de Nic.

—*Jo, hasta aquí tiene que haber moros* —dijo para sí; aunque, sin dejar de mirarle, se disculpó.

—Lo siento, perdón. —Y retiró sus largas piernas para que se pudiera circular mejor por la ancha escalera del *hall* de entrada del *Scala Dei*.

Le extrañó que su mirada no fuera desafiante. En el *cole*, sus compañeros magrebíes solían ser duros de mirada... y de patadas, jugando a fútbol; pero, en realidad, todos los querían como amigos, tanto en el equipo como, a veces, de matones.

—*¡Pues anda que no voy a ver moros...! Vamos a visitar África* —recordó.

La gente de la planta que estaba por encima de recepción subía por las escaleras en lugar de coger uno de los seis ascensores de la parte central del buque.

—¡Vira! —llamó a media voz—. ¿Dónde te has metido?

La creía a su lado. Hacía más de un cuarto de hora que se habían escurrido al interior del barco, mientras su madre y el abuelo hacían cola para pasar las tarjetas magnéticas que les permitirían ingresar oficialmente en el *Scala Dei*. En un momento de despiste de los guardas de seguridad del control de recepción, Nic tiró con fuerza del brazo de su prima.

—Nos vemos dentro —dijo al abuelo mientras arrastraba a la chica.

Federico, Fede para la familia joven, era un abuelo setentón, alto y fornido, estirado y bien compuesto. El hombre, lleno de salud y vida, era cómplice de su único nieto y, ahora, de su nieta adoptiva. Era uno de esos abuelos que vuelven locas a las nueras, pero que hacen las delicias de los nietos, tanto cuando son niños como cuando son adolescentes. Fede se sentía cada día más joven y estaba ansioso por cometer locuras con su nieto del alma y con su adorada nieta.

Al rato, la nuera se sobresaltó.

—¿Dónde están los niños?

## Los Chicos del Scala Dei

—¿Qué niños?

—¡Venga, Federico! ¿Dónde están?

La mamá y tía daba por supuesto que su suegro siempre estaba en el ajo.

—*Tranqui*, no pasa nada... —le susurró al oído para tranquilizarla.

*Tranqui*. Setenta años y hablaba como sus nietos de quince.

—¡Fede, estás loco! ¿Cómo que no pasa nada? ¿Sabes cuántos habitantes tiene este barco?

—¿Habitantes?

—¿Acaso no es como un pueblo?

—Venga, mujer, no te pongas nerviosa, están esperándonos en el *hall*... Y no digas habitantes, te van a tomar por una pueblerina... Pasajeros, ahora todos somos pasajeros.

Hablaba siseando. Acababan de llegar a una de las tres máquinas de control que daban acceso al barco a seis filas simultáneas de pasajeros.

Al otro lado del control de entrada, Nic, aprovechando que su madre estaba distraída pasando las cuatro tarjetas de la familia, hacía señales desesperadas al abuelo. Levantaba los dos hombros, ponía las manos boca arriba, vocalizaba teatralmente..., pero Fede no comprendía lo que le estaba diciendo. Por fin, leyó en sus ojos una mirada impotente y desesperada.

—Me adelanto —dijo a la ajetreada nuera—. Toma mi pasaporte —añadió, mirando al guarda de seguridad. Viendo que este consentía con la cabeza, se precipitó hacia el pie de la escalera para reunirse con su nieto.

—¿Qué pasa?

—Fede, ¿has visto a Vira?

—Venga, Nic, no me fastidies, estaba contigo.

—Sí, estábamos los dos sentados en la escalera hasta que empezó a subir gente. Ya ves, la escalera está llena.

—¡Pero si hay seis ascensores!

—Y yo qué sé, deben de ser los del piso de arriba que prefieren subir como reyes por aquí.

—Se dice cubierta...

—Venga, Fede... Estoy nervioso.

—Anda, sube a la cubierta Ibiza y date una vuelta a ver si la ves. Yo entretendré a tu madre y te esperaré aquí, en los sillones del *hall*.

—¿Cubierta Ibiza?

## Àngel Font

—Sí, cada cubierta, planta o piso, llámalo como quieras, tiene el nombre de una isla balear o canaria... Anda, venga, date prisa, no te pierdas tú también.

—¿Ves? Si llevaras móvil...

—Bueno, si ocurre algo llama al de tu madre. Anda, corre, tráeme ahora mismo a tu prima, ¿me has oído? Os quiero a los dos aquí ¡ya!

Móvil. Comunicarse por e-mail... podía aceptarlo si se escribía correctamente, sin querer inventarse cada uno su propio código gramatical o una especie de nuevo lenguaje de signos estafalarios... Lo del móvil, eso sí que no servía para nada. Que a uno le amarquen llamándole por teléfono a casa, pase, pero que le persigan a todas partes con un mini aparatito en el bolsillo... ¡no! Eso sí que no, por ahí no pasaría jamás.

*—Que se vuelvan todos locos, pero que no cuenten conmigo. Tarde o temprano el mundo se avergonzará de esta histeria telefónica colectiva, que, en lugar de aproximar, aleja, y que crea soledades y sufrimientos desconocidos hasta hoy, por más que sus promotores se empeñen en decir lo contrario.*

Cuando entraron en los camarotes de la planta Tenerife, Edurne, así se llamaba la tía de Elvira, Vira para los jóvenes, se derrumbó y cayó rendida en una de las camas.

Segundos después entraron dos chicas del servicio para presentarse.

—Me llamo Pilar.

—Y yo, Catia. Soy italiana.

Le informaron del servicio, horarios, comidas, restaurantes, tiendas, espectáculos, ocio, *spas* y deporte, y de que ellas eran las responsables de que se sintieran allí como en su casa. Edurne no las escuchó hasta que le preguntaron si quería o necesitaba algo.

*—¡A mi sobrina! ¡Quiero a mi sobrina!*

Pero lo que dijo en realidad fue si podrían hacerle el gran servicio de deshacer y organizar su equipaje y el de Elvira. Su sobrina se había perdido y tenía que hacer lo que fuera para hallarla.

Y aunque deshacer maletas no entraba en sus obligaciones directas, formaba parte de la norma general del recién botado buque *hacer que el ciento por ciento de los clientes se sienta en un auténtico hotel de cinco estrellas.*

## Los Chicos del Scala Dei

—Lo siento, voy al camarote de al lado con mi familia. Perdó-  
nenme, me encuentro fatal.

—No se preocupe, señora, nosotras cuidaremos de todo.

Habían acordado, mejor dicho, el abuelo Federico acordó que,  
de momento, no denunciarían la desaparición, que la niña aparecería  
en cualquier momento y que era mejor ir al camarote a esperarla.  
Nicolás se quedó en los sillones de recepción por si aparecía por allí.

Edurne llamó con los nudillos a la puerta de su suegro. No qui-  
so pulsar el timbre, un suave zumbador con sonido de voz afónica.

Se echó en sus brazos.

—Papá, papá... ¿Qué más me tiene que pasar? Mueren mi her-  
mano y mi cuñada, me deja tu hijo por una joven, y ahora pierdo  
a la hija de mi hermano... ¡Papá, papá! Tú me has traído aquí, encuén-  
trala. Tú no quisiste que le comprara un móvil, tú no...

—Para, cariño, para...

Federico sabía que aquellos granos en la frente eran el mal augu-  
rio de unos días infernales. Su hijo ya le avisó cuando Federico tomó  
la decisión de ir a vivir con ella y con su nieto, hasta que, algún día,  
ella encontrara otra pareja o rehiciera su vida de alguna manera.

—*Papá, cuando veas esos granos, aléjate. Ahora no estaré yo para  
cargar con sus iras, estarás tú.*

—*Quizás yo sea más comprensivo y sepa darle lo mejor de mí para  
compensar lo peor de ella...*

En aquel momento sonó el móvil de la nuera.

—Dime, ¿ya está contigo?

—¿Qué hago, mamá? Pásame con el abuelo.

—¿La tienes o no?

—No, mamá, no aparece...

—Toma, Fedé.

El abuelo cogió el diminuto teléfono con mal disimulados tem-  
blores en sus manos.

—No te muevas, voy para allá.

Edurne se quedó mirándole.

—Ni lo sueñes, yo no me quedo aquí sola. ¡No pienses que lo  
arreglarás todo a tu manera!

—*¡Maldita agresividad mensual!* —pensó el viejo veterano de  
las lides de la vida.

La miró a los ojos, acarició su firme y cuidado rostro, y le habló  
con su mejor tono de voz, como si no estuviera ocurriendo nada especial.

## Àngel Font

—Allí la perdimos y allí debemos ir. ¿Sabía el número de nuestro camarote?

—No, no lo sabía, pero...

—Pues vayamos a recepción.

—Pero —insistió la nuera— es muy espabilada, puede ir a información y preguntar.

—Tú tienes su pasaporte. ¿Cómo se identificará?

—Tiene su carné de identidad.

—En todo caso, irá a recepción para que le indiquen. Venga, si no te vas a quedar, vamos allá.

En uno de los sofás de recepción estaba Nic jugando con el móvil, mientras el abuelo y la madre le acosaban desde el mullido sofá al otro lado de la mesita.

—Tienes que recordar algún detalle.

—Sí, algo que pasara y que, por sencillo que fuera, desentonara lo más mínimo.

Nic se estaba mosqueando. Los marcianitos del móvil eran derrotados por la furia que genera la impotencia.

—¡Deja ya este trasto y piensa!

—Lo dices al revés, Fede. Sin esto no podría pensar. Me ponéis de los nervios... y esto me relaja y me da ideas. Ya lo sé, dos moros...

El abuelo lo miró con reproche.

—Perdón, dos *hijos de Alá*. Uno casi me pega una patada porque interrumpía el paso en la escalera.

—¿Y eso qué tiene de particular? Yo haría lo mismo en una escalera regia como esta. ¿Tú crees que la gente debe sentarse en los escalones?

Tenían la escalera al lado. Parecía diseñada para un palacio de príncipes. Al pie de cada escalón, una varilla redonda y bañada en oro sujetaba una alfombra sin fin serpenteada de rojos, amarillos y azules turquesa.

—Venga, Nicolás, dime algo... —insistía la afligida mamá.

Nicolás. La mamá sólo le llamaba por el nombre completo cuando las circunstancias eran graves. Como cuando, hacía apenas un año, le dijo que papá se iría de casa. O cuando tuvo que decirle que sus tíos murieron aplastados bajo una hormigonera; milagrosamente, se salvó la niña, su prima, que iba en los asientos traseros del coche. O cuando, poco más tarde, le dijo que su prima sería ahora su hermana y que vivirían juntos hasta que se casara. En estos casos, Nic era Nicolás.

Cuando Nic le dijo, poco después de instalarse su prima, que ojalá no se casara nunca, entonces mamá le llamó Nic.

## Los Chicos del Scala Dei

—Oye, Nic, es tu prima hermana, ni te acerques a ella. ¿Sabes lo que es el incesto?

—Sí, claro, mamá, pero ella no es mi hermana: es mi prima.

—¡Nic! Es como si fuera tu hermana y basta. ¿Entendido?

—No, mamá, no lo entiendo. Si fuera mi hermana tampoco me gustaría que se fuera nunca de casa.

—Nic, no me lées...

Desde que Fede o Federico —su marido se llamaba igual que su suegro— abandonó la casa en busca de un amor más joven, menos gritón los días de granos en la frente y menos exasperante —todas estas excusas se dicen o no, pero se saben y denigran al pobre hombre que atropella y se deja atropellar por algo que piensa que será mejor y que nunca encuentra, aunque siempre jura haberlo encontrado—, desde que aquello ocurrió, Edurne se sumió en la inevitable depresión del abandono, una depresión que también se niega y que, si no se trata a tiempo, mata la valentía de la más pintada.

Nic, a quien por edad y carácter no le tocaba tener depresión, supo lo que era cuando vio el gran cambiazco que su querida mamá sufría día a día, así que se dispuso a no amargarla más de lo que estaba. Pensó que la podía distraer, e incluso fastidiar cariñosamente, para que ocupara su mente en otras cosas.

Pensó que si él se convertía en su centro de atención, si él la llenaba del todo, no le dejaría demasiado espacio para ella misma y sus derrotadas neuronas. Todo lo que él fuera capaz de desencadenar por un lado frenaría el otro.

—Mamá, *tranqui*, seguro que yo estoy enamorado de ella, pero dicen que a mi edad te enamoras de todas. Y ya ves, también estoy enamorado de ti y, para colmo, del abuelo Fede. ¿Qué me dices ahora?

Y se puso a reír feliz y contento por su ocurrencia, pero sobre todo por haber sido capaz de decírselo a su madre sin haberse sonrojado más de lo habitual, que no era poco.

—Nicolás, estoy esperando. Al fin y al cabo, todo ha sido culpa tuya. Si no te hubieras movido de mi lado, ella tampoco se habría ido.

—No, mamá, no empieces con tu repertorio...

—¡Callaos los dos! —interrumpió el abuelo—. Nic, piensa en lo que ha dicho tu madre.



## Àngel Font

—Fede, todo es nuevo para mí, no hay nada que no me llame la atención. ¿Os dais cuenta de dónde nos hemos metido? ¡Qué pasada!

—Yo todavía no me he fijado en nada... Hasta que no encontremos a Elvira no pienso abrir los ojos.

—¡Ya sé! Escuché el maullar de unos gatitos muy chiquitos. ¡Sí! Ahora lo recuerdo, por eso me giré cuando pasaron los dos chicos moros. Por eso y porque me iban a pegar una patada... Al menos, eso creí.

—¿No dijiste que te pidieron que les dejaras pasar?

—Sí, eso también, la escalera subía llena de gente de lado a lado y yo no me daba cuenta de que estaba interrumpiendo el paso. Oí los gatitos, recuerdo que coincidió con el paso de los chicos magrebíes, sí, llevaban mochilas, gatos en las mochilas.

—Sí, ¿y qué? —interrumpió el abuelo.

—Pues que ya conocéis a Vira, se pone tonta con un gato... Imaginaos con un par.

—¿Cómo sabes que eran varios gatitos?

—Porque oí más de uno.

—¿Sabéis lo que os digo? Nos vamos a la habitación.

—No, mamá, ve tú sola; si ha llegado, llámame. Tú, abuelo, quédate aquí y yo daré una vuelta por si veo a los de las mochilas con gatitos.

Edurne mostró una vez más su enfado.

—Jo, esto da mucha risa... Con lo listos que creéis ser nos estamos luciendo a base de bien.

Edurne estaba furiosa. Era más fuerte que ella, no lo podía evitar: tenía ganas de machacarlos. ¿Por qué los hombres tienen que ser siempre tan imprudentes? ¿Por qué no pudieron hacer como todo el mundo y guardar cola como Dios manda? El abuelo era digno padre de su marido, o ex marido: ¡ahora era de otra! No debió haber permitido que se saltaran la cola.

—*¿Y cómo es que yo no me di cuenta de nada? ¡Ah, ya recuerdo, el tipo ese que iba de gentil! Sí, el que empezó dándole empujones a mi mochila, que estaba en el suelo, cada vez que avanzábamos unos pasos. Sí, el que me la recogió y me la dio cuando llegamos al control de tarjetas y pasaportes. Un señor elegante, sí, un señor, un tipo guapo y elegante: pantalón a rayas y entallado, suéter ajustado, sin asomo de barriga, de unos cincuenta o más, pero que aparentaba menos... Todo de blanco, sólo el cinturón azul y la gorra americana a juego. Sí, un señor. No me equivocaría si pensara que viene al barco dispuesto a ligar... Claro, como yo... A ver si se me van estos granos de la frente. Debo tener un careto...*

## Los Chicos del Scala Dei

Volvió a dirigirse a ambos por segunda vez:

—¡Lo siento! Me largo al camarote. ¿Sabes dónde estamos? No te vayas a perder tú también, tío listo.

—Chis... Jo, todavía es un niño, no me lo trates así —musitó al oído de la nuera el atormentado abuelo.

—Si ha sido espabilado para hacer que Vira saliera de la fila, que lo sea para que regrese a ella. ¿O no es justo lo que digo?

Retó con voz y mirada al único ángel protector que tenía, su suegro de setenta años.

—Sí, Edurne, mejor que te vayas al camarote, a tu hijo le sobran ideas para solucionar esto, y adonde no llegue él, llegaré yo.

No pudo disimular su enojo. Por más personalidad o buen carácter que se posea, muchas veces una muestra de enfado sirve para frenar un mal mayor.

No obstante, suele suceder que, con esta excusa, las peleas familiares se alargan más de la cuenta, e incluso se eternizan.

La mejor solución para un conflicto familiar es no llegar nunca a la confrontación. La pelea no soluciona nunca nada; aviva el dolor y acrecienta el rencor. Sólo el pasar de los años y la distancia ensombrecen hasta el olvido lo que el perdón o la disculpa gallarda y sincera no pudieron conseguir.

Nadie devolverá el tiempo perdido y mal vivido. Nadie podrá cambiar un mal pasado, ni haber vivido con pésimas perspectivas de futuro, que es lo mismo.

En todo caso, Edurne vivía en un mar de confusiones. Llegó a creer que ya no hallaría nunca más un solo hombre bueno, y tenía a su lado un joven maravilloso, su propio hijo, y un suegro que ya no debía serlo y al que llamaba papá mucho más cariñosamente que cuando vivía con su hijo.

En el camarote de la cubierta Tenerife la estaba esperando su sobrina Elvira.

—¡Más de una hora buscándote! No hemos llamado a seguridad por temor al ridículo.

Estaba enfadada y triste, feliz y muy desgraciada, con ganas de pegarle dos tortas y de abrazarla. Elvira, que conocía muy bien a su tía-mamá, se precipitó entre sus brazos, la asió y la besó con los ojos cerrados.

—*Si explota, que explote; que sea lo que Dios quiera* —pensó.

## Àngel Font

—Me quedé encerrada en un aseo. Nadie escuchaba mis chillidos, hasta que una hora después vino por fin una señora.

—No, no es posible...

—Yo no sabía que se abren con la tarjeta magnética de la habitación. Pude entrar, pero no tenía tarjeta para salir. Habrá sido un fallo del magnetismo.

—Es el viaje inaugural del *Scala Dei*, lo último de lo último. ¿Cómo puede pasar una cosa así?

—Me han suplicado que no comentara nada...

—¿Que se lo han creído! ¡Me van a oír! —chilló Edurne, indignada.

—No, tía, tengamos la fiesta en paz, estaremos aquí siete días. Al fin y al cabo, la que lo ha pasado mal he sido yo.

—¿Sólo tú? Por tu culpa he discutido con el abuelo.

—¿Mi culpa? Para ya, tía, no te pases.

Esta vez, lo de tía sonó distinto. En todo caso, no sonó a tía carnal, digamos que, más o menos, a *capulla*.

La última palabra la tuvo la joven:

—Yo ¿qué culpa tengo? No quiero pagar el estreno del barco este. Su tía calló.

Llamaron a Nic para darle la buena noticia y le pidieron que pasara por recepción a recoger al abuelo. Ya en el camarote, la mamá contó, furiosa, la historia de su sobrina.

—La verdad, me cuesta creer que haya ocurrido todo así...

Las miradas de Nic, Fede y Vira se cruzaron fugazmente, pero con tiempo sobrado para crear complicidades.

—Tranquis, *ya os contaré lo que pasó*.

No se lo iban a creer. La auténtica verdad cuesta más de entender que la mentira tonta.

Nic intuyó algo grave: vio el peligro en el leve instante de miedo y temor de su prima.

El abuelo Federico vio lo mismo, aunque lo captó de una manera diferente. Sintió una fuerza interior que se desprendía anticipadamente, un preámbulo cargado de adrenalina. Aquello sólo acababa de empezar, la diversión iba a llegar ahora.

Y es que Fede ya sólo vivía para divertirse lo que le restaba de vida. Vivir aburrido, ¡jamás!

—*O diversión o muerte: that is the question.*

Lo que no sabía nadie era que la diversión que creyó intuir el abuelo era una temeridad que podía costarles la vida a todos.